

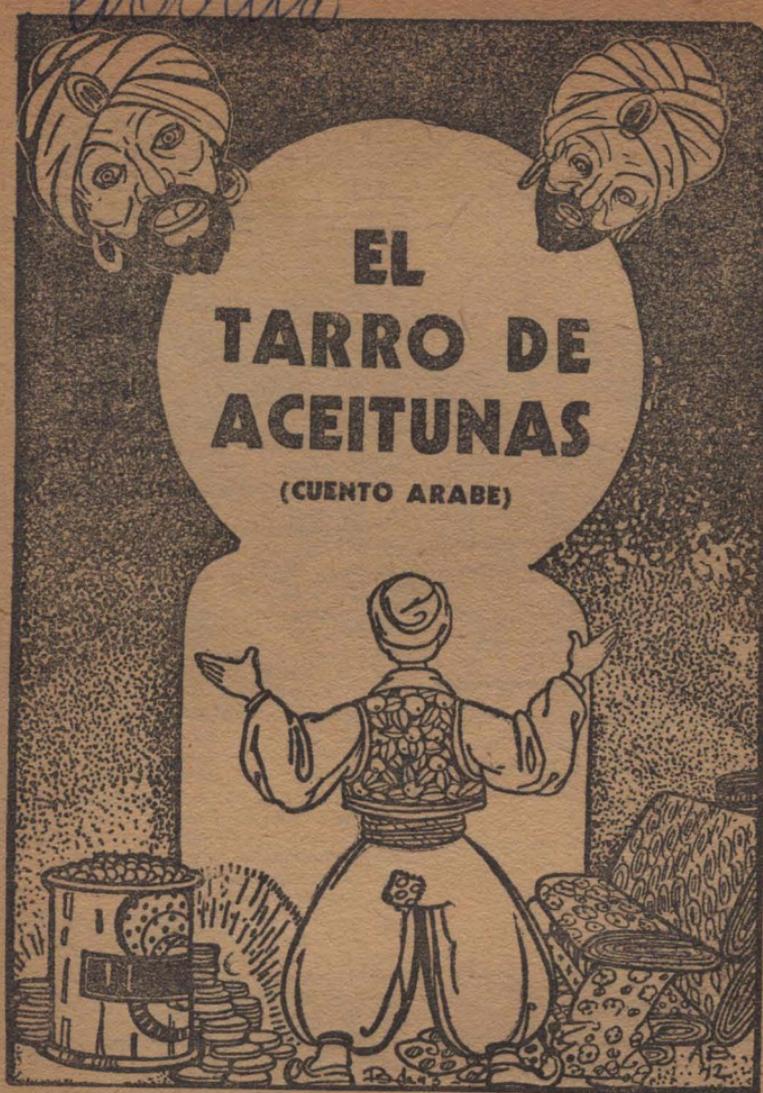
# EL TARRO DE ACEITUNAS



EDITORIAL  
**TOR**



00163275



**EDITORIAL TOR**

Río de Janeiro 760

**BUENOS AIRES**

# LA ABEJA

## LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- 1 Pinocho en el teatro de titeres
- 2 Blancanieves y los 7 enanitos
- 3 Los principes encantados
- 4 La Bella durmiente del bosque
- 5 Juanfuerte
- 6 Piel de asno
- 7 La princesa y el erizo
- 8 Ali Babá y los 40 ladrones
- 9 La inocente mensajera
- 10 Pinocho en campo de milagros
- 11 El pájaro verde
- 12 Pulgarcito
- 13 Los maestros cantores
- 14 El rey del río de Oro
- 15 Caperucita Roja
- 16 Las tres princesas
- 17 El triunfo del zorro
- 18 Pinocho en la isla de las abejas
- 19 La princesa picarona
- 20 Simbad el marino
- 21 Canción de Navidad
- 22 Un viaje maravilloso
- 23 El niño que se volvió hembra
- 24 El enano Zacarías
- 25 Pinocho en gruta del monstruo
- 26 El legado del moro
- 27 El gato con botas
- 28 El hada de Granville
- 29 De los Apeninos a los Andes
- 30 Mefisque
- 31 El rey Cuervo
- 32 Almendrita
- 33 Pinocho en el país de juguetes
- 34 El niño perdido
- 35 Robin Hood
- 36 La isla encantada
- 37 Pif Paf
- 38 La carga liviana
- 39 La alfombra mágica
- 40 El pájaro que reía
- 41 La Centienta
- 42 Aventuras del rey Beder
- 43 El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samanigo
- 44 Pinocho en el fondo del mar
- 45 Gulliver en el país de enanos
- 46 La bella Dorigen
- 47 Las salamandras azules
- 48 Los zuecos maravillosos
- 49 Las tres hermanas
- 50 Fábulas de Iriarte
- 51 El niño raptado
- 52 Barba Azul
- 53 Tanino el hormiguero
- 54 Gulliver en el país de gigantes
- 55 El tejedor de Segovia
- 56 El principe Cododae
- 57 La amiguita de los pájaros
- 58 La señorita Seuderl
- 59 Fábulas de Esopo
- 60 Constancia
- 61 Nicolás y Nicolásita
- 62 Los rosales de la reina
- 63 El enfermero del Chacho
- 64 Grisélidis
- 65 Alicia en el país de maravillas
- 66 Aladino
- 67 Genoveva de Brabante
- 68 La Sirenita
- 69 Peter Pan
- 70 El patito feo
- 71 Hombre que vendió su nombre
- 72 Los tres pechos del diablo
- 73 Hansel y Gretel
- 74 La flor del pantano
- 75 El buque fantasma
- 76 La cámara del tesoro
- 77 La desobediencia
- 78 El tarro de aceitunas
- 79 El mensajero de la corona
- 80 La camisa del hombre feo
- 81 La verdad sospechosa
- 82 La graciosa Emelia
- 83 El muchacho afortunado
- 84 La novia elegida
- 85 Las dos estatuas
- 86 La botella encantada
- 87 El mercader de Venecia
- 88 La obligación
- 89 El favorito ingenioso
- 90 Los dos ruberiores
- 91 El ladrón de Bagdad
- 92 El tambor del regimiento
- 93 El pájaro de oro
- 94 El barbero silencioso
- 95 Las tres perlas
- 96 Gulliver en países maravillosos
- 97 El principe impostor
- 98 El rey en busca de novia
- 99 El soldadito de plomo
- 100 El mercader y la favorita

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



## EL TARRO DE ACEITUNAS

### I

#### *Las monedas de oro*



N mercader de Bagdad llamado Alí Coxia era esclavo de sus negocios. Tan esclavo era, que no había pensado jamás en casarse. Y, por si esto fuera poco, tampoco cumplía como buen mahometano, pues, a pesar de encontrarse en edad madura, no había efectuado todavía la peregrinación a la ciudad santa de la Meca, a la que todo buen musulmán está obligado.

Pero los años pasaban y las costumbres del codicioso mercader no cambiaban. Y si bien la falta de un hogar no le preocupaba mayormente, la deuda que tenía contraída con Mahoma, cuyo sepulcro en Medina, cerca de la Meca, todavía no había visitado en devota peregrinación, lo tenía intranquilo. La conciencia se lo reprochaba al punto de no poder dormir casi nunca con la placidez que deseaba.

Con tales antecedentes no extrañará a los lectores si les decimos que una noche se le apareció en sueños un anciano de porte solemne y grave aspecto que, contemplándolo fijamente y con ceño adusto, le dijo:

—A tu edad no hay musulmán, por pobre que sea, que no haya ido a la Meca. ¿Qué esperas, desdichado? ¿Condenarte para siempre? Mahoma te lo tendrá en cuenta y Alá no te lo perdonará jamás.

Una y otra noche tuvo la misma aparición durante su agitado sueño. A la tercera Alí Coxia la tomó como aviso de la Providencia, y decidió emprender el viaje obligado.

Liquidó muchos de sus negocios, arregló otros de manera que marcharan regularmente durante su ausencia e hizo todos los preparativos para la larga y piadosa peregrinación a la ciudad santa de los musulmanes.

Llegó el momento de contar el dinero de que disponía. Después de haber puesto aparte el que necesitaba para los gastos del viaje, se encontró con que le sobraban nada menos que mil monedas de oro.



*Se le apareció en sueños un anciano...*

## II

### *El tesoro escondido*

Alí Coxia no sabía qué hacer con aquel dinero que no necesitaba. Consideró que llevarlo encima durante el viaje era incómodo y arriesgado, ya que en la ruta de las caravanas abundaban los ladrones que asaltaban en banda a los viajeros.

Tampoco disponía de un lugar seguro donde dejar depositadas las monedas, pues, con el fin de sacar provecho de cuanto le pertenecía, había ya alquilado su tienda y la casa donde vivía, por el tiempo que iba a durar su ausencia de Bagdad.

En cuanto a persona de confianza a quien dejar en custodia aquella pequeña fortuna, tampoco conocía ninguna.

Finalmente decidió poner las monedas de oro en el fondo de un tarro de gran tamaño, que terminó de llenar con aceitunas de la última cosecha. Nadie hubiera dicho que aquel recipiente escondía un capital. Lo envolvió y en seguida se dirigió con él a la casa de un mercader amigo que tenía fama de serio y honrado a carta cabal.

Alí Coxia encontró al hombre que buscaba, en su tienda, y después de decirle que a la mañana siguiente iba a ir en peregrinación a la ciudad santa, le preguntó:

—¿Podríaís guardarme este tarro hasta que regrese de la Meca? Las aceitunas me gustan mucho; éstas son de los mejores olivares de la Mesopotamia, y quisiera darme el placer de comerlas a mi vuelta.

El mercader amigo le contestó entonces:



*—No hay musulmán que no haya ido a la Meca.*

—Tomad la llave del depósito, id allí y poned el tarro en el sitio que mejor os cuadre. Podéis estar seguro de que nadie osará tocarlo.

—¿Así, que cuando vuelva...?

—Lo encontraréis en el mismo lugar y sin que falte una sola de las aceitunas.

Dándole las gracias, Alí Coxia tomó la llave que le alcanzó el mercader y se dirigió al depósito de la tienda, y en el estante de un rincón discreto, entre cajones y fardos de ropa, colocó su tesoro. Luego cerró la puerta, devolvió la llave al dueño de casa y se despidió cordialmente.

A la mañana siguiente, cuando todavía no había salido el sol, Alí tomó el camino de la Meca, agregándose a una larga caravana.

Hombre práctico, no llevaba sólo lo imprescindible para el viaje, como otros compañeros de pere-

grinación, menos ricos o menos codiciosos. Por su exclusiva cuenta, iban dos camellos cargados de telas elegidas entre las mejores que poseía, las que tenía el propósito de vender en la ciudad santa a buen precio.

### III

#### *El viaje provechoso*

Llegó Alí Coxia a la Meca con toda felicidad.

Una vez cumplidas las ceremonias de la peregrinación, con la obligada visita al santuario musulmán de la Caaba y venerar la famosa piedra negra que el ángel Gabriel le dió a Abrahán, desató los fardos que traía, extrajo los géneros que contenían y los expuso en el mercado con la esperanza de venderlos o cambiarlos por otra mercadería, como era costumbre entre los negociantes de Arabia.

Como se trataba de telas de excelente calidad, llamaron en seguida la atención de la gente, que se amontonaba para admirarlas y enterarse de su precio. Sin embargo, nadie compraba ni un retazo, pues los interesados las encontraban excesivamente caras.

Cuando Alí Coxia ya se disponía a enfardar su mercancía para dirigirse a otro punto donde hubiera compradores de más recursos, oyó la siguiente conversación entablada entre dos curiosos que allí se encontraban:

—Si este mercader supiera lo que valen esa clase de telas en el Cairo, estoy seguro que no



*Puso las monedas en el fondo de un tarro*

perdería el tiempo ofreciéndolas aquí, donde abunda el pobrerío.

—Tienes razón. Allí cuadruplicaría su capital en un abrir y cerrar de ojos.

Estas opiniones y otras parecidas que oyó en el mercado decidieron a Alí a dejar la Meca y encaminarse a Egipto. Y por cierto que no le pesó el cambio de destino, pues apenas llegó a El Cairo y expuso en el mercado su noble mercadería la vendió en seguida con una ganancia de trescientos por cien.

Entusiasmado con el buen resultado del negocio, resolvió aprovechar su estada en Egipto para visitar los lugares más interesantes del país, realizando de paso, varias operaciones productivas en todos ellos.

Más tarde se unió a otros mercaderes con quienes recorrió Persia, el Mosul y otros países, siempre comprando y vendiendo con tanto entusiasmo y con tanta suerte, que cuando se decidió a regresar a Bagdad ya habían pasado siete años de aquel día en que se dirigió en peregrinación a la Meca.

Al llegar a su ciudad, mientras el inquilino que ocupaba su casa buscaba otra, se instaló en una posada, y el mismo día fué a ver al mercader amigo en cuyo poder había dejado el tarro de aceitunas que ocultaban en su fondo las mil monedas de oro. El comerciante lo saludó con vivas muestras de satisfacción y lo felicitó al enterarse del buen resultado de sus negocios.

Después de una larga charla, Alí Coxia le dijo al dueño de casa:

—Quisiera llevarme el tarro de aceitunas que os pedí que me guardarais.

—Podéis hacerlo inmediatamente —le contestó el amigo, alcanzándole una llave—. Id vos mismo al depósito. Allí encontraréis las aceitunas en el mismo sitio donde las dejasteis.

Alí Coxia fué donde estaba su tesoro, cargó con el tarro, devolvió la llave y después de dar las gracias a su amigo se fué a la posada. Apenas estuvo en su aposento, cerró la puerta con llave, destapó el recipiente, volcó sobre la mesa las aceitunas que, a pesar del tiempo transcurrido, se mantenían frescas, y vió con estupor que el dinero había desaparecido.

¿Qué había ocurrido? El lector lo encontrará explicado en el siguiente capítulo.



*Alí Coria fué donde estaba el tesoro...*

*El amigo infiel*

Poco antes de que Alí Coxia estuviera de regreso en Bagdad, encontrándose su amigo el mercader cenando con su familia, le dijo su mujer:

—Hace tiempo que no hay aceitunas en el mercado. Parece que la última cosecha no fué abundante. Y pocas veces he tenido tantas ganas de comer unas cuantas como ahora.

—Pues tu deseo es bien fácil de contentar —le contestó el marido—. Recuerdo que en el depósito hay un tarro lleno que Alí Coxia, al irse a la Meca, dejó para que se lo guardara hasta su regreso. Han trascurrido ya muchos años desde entonces, y no hemos vuelto a tener noticias de él desde que pasó de la Meca a El Cairo. Estoy seguro que se ha muerto. Así, que me considero autorizado para ir al depósito a traer algunas de sus aceitunas.

—¡No hagas eso! —le dijo, alarmada, su mujer—. Ya sabes que aquello que se nos confía es sagrado. Alí Coxia puede no haber muerto, y si regresa y no encuentra su tarro como lo dejó, pensará mal de nosotros. Además, ya se me fueron las ganas de comer aceitunas. Déjalas, pues, donde están, si no quieres que nos pase una desgracia horrible.

A pesar de tan juiciosas razones, el mercader persistió en su propósito. Se levantó de la mesa, tomó un plato y una luz y se dirigió al depósito. No le costó mucho trabajo dar con el tarro. Lo destapó y se encontró con que su contenido esta-



*Vió que las monedas habían desaparecido.*

ba echado a perder. Y como a él también le habían entrado ganas de comer unas aceitunas, quiso ver si las del fondo del recipiente estaban en mejores condiciones que las de arriba. Las volcó sobre la tabla del estante, y ante sus maravillados ojos aparecieron las monedas.

A la vista de aquel pequeño tesoro se le despertó la codicia, y, dispuesto a cometer una mala acción, volvió a poner las monedas y las aceitunas en el tarro, lo tapó bien y regresó al lado de su familia.

—Han pasado tantos años —le dijo a su mujer—, que no ha quedado una sola aceituna en buen estado. Debemos, pues, resignarnos.



—¡No hagas eso! — le dijo alarmada.

—Ya me parecía —exclamó ella—. Mejor hubiera hecho en no tocarlas siquiera.

Al día siguiente, sin confiar su propósito a nadie, el mercader recorrió todo Bagdad en busca de aceitunas. Al fin encontró una pequeña partida, que tuvo que pagar a alto precio; pero dió por bien empleado el desembolso, considerando que iba a aumentar su capital sin mayor esfuerzo. Llegó a su casa con la compra recién hecha, se encerró en el depósito, tomó el tarro, se guardó las monedas de oro, y reemplazando las aceitunas pasadas por las frescas, tapó el recipiente y lo colocó en el rincón donde lo había dejado Alí.

## V

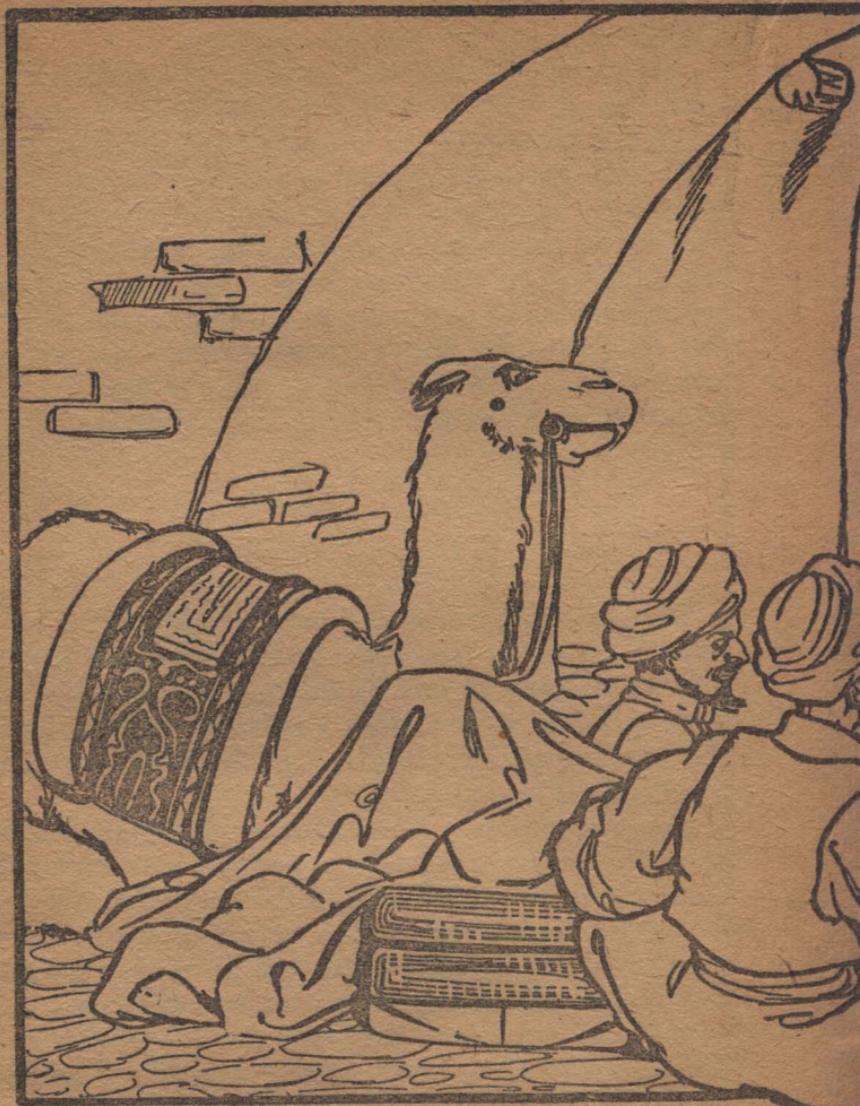
### *La reclamación*

Demasiado grande era la pérdida para que el robado se resignara. No dudando que el mercader amigo era el que le había sustraído las monedas, volvió a poner las aceitunas en el interior del tarro y se dirigió a la tienda del comerciante infiel y codicioso.

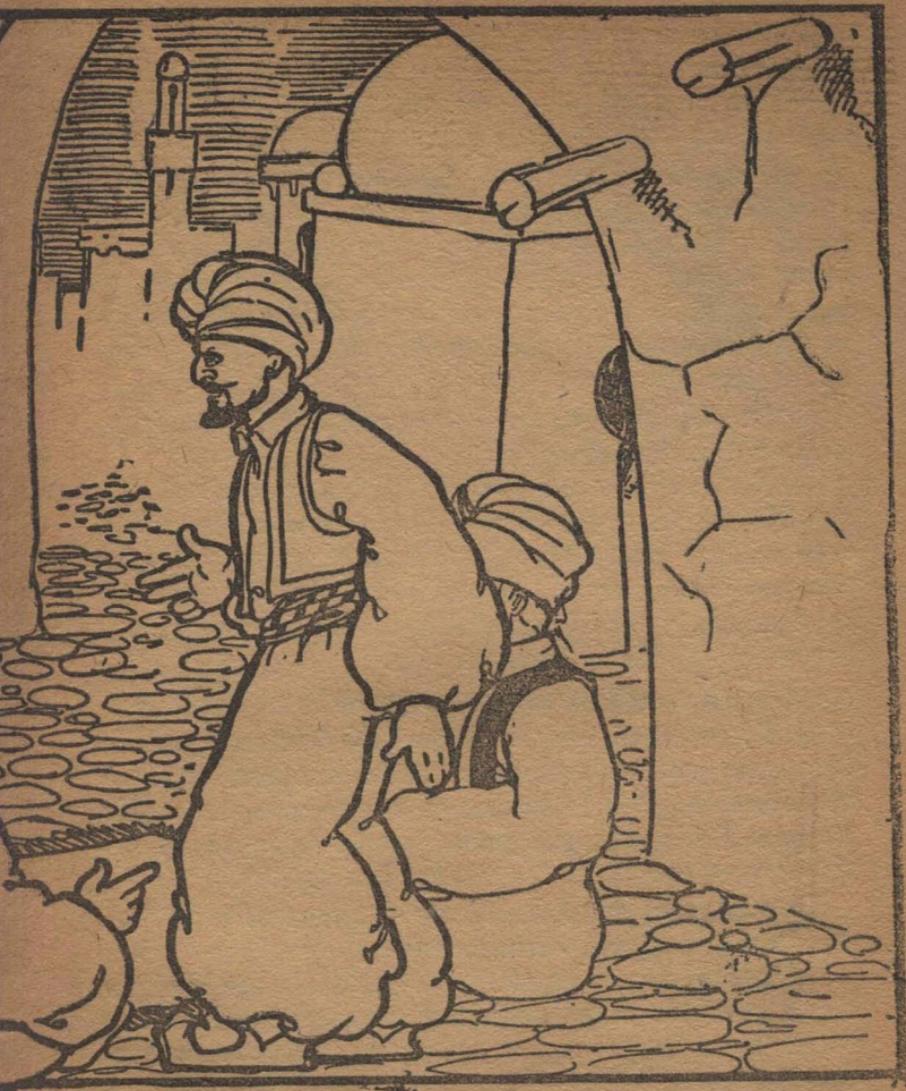
Este, suponiendo lo que iba a pasar, tenía preparadas varias respuestas con las que esperaba desvanecer de Alí Coxia toda sospecha.

—¡Olvidasteis algo, que estáis tan pronto de vuelta? —preguntó el falso amigo al ver que Alí entraba como un torbellino en su comercio.

—No os extrañe —contestó el recién llegado—. Ha ocurrido algo muy desagradable. Figuraos que en el tarro de aceitunas que confié a vuestra honradez había puesto mil monedas de oro. Aho-



*Sin embargo, nadie compraba ni un r*



*pues encontraban las telas muy caras.*

ra, al retirarlo del depósito, me encuentro con que el envase es el mismo, pero el dinero ha desaparecido.

—¿Es posible? — exclamó el dueño de casa con fingido asombro.

—Como el sol que nos alumbra. Y os ruego que seáis franco. Si, debido a algún compromiso comercial, habéis tenido que echar mano de mi dinero, lo doy por bien empleado y sólo os ruego que me hagáis un reconocimiento del préstamo para devolverme el capital cuando las circunstancias os lo permitan.

—Me dejáis sorprendido con lo que manifestáis con tanta seguridad.

—¿No creéis, acaso, en lo de las monedas?

—No sé si creer o no. Lo que positivamente creo es que cuando trajisteis el tarro lo colocasteis vos mismo en mi depósito, en el sitio que más os agradó, y allí ha estado desde entonces, sin que yo ni nadie lo haya tocado.

—¿Negáis, entonces, haber sacado el dinero?

—¿Cómo no lo voy a negar? Y francamente os digo que ya me está resultando enojosa vuestra reclamación. Por lo tanto, os ruego que me dejéis en paz. La gente que pasa por la calle ya se detiene para escuchar tan estúpidas quejas.

En vista del tono insolente del mercader infiel, **Alí** Coxia exclamó severamente:

—Puesto que adoptáis esa actitud, me obligaréis a recurrir a la justicia y emplear medios que hacen poco honor a las personas decentes y mucho menos a los comerciantes, que debemos conservar sin mancha la reputación de que disfruta-



*Allí entraba como torbellino en su comercio...*

mos. Os invito, pues, a recapacitar y arreglar este asunto amistosamente.

El mercader ladrón, que no tenía el menor propósito de entregar el dinero, le contestó a Allí:

—Os repito que me dejéis tranquilo. No tengo por qué devolveros lo que no os he quitado.

—Entonces, tendré que haceros pasar vergüenza ante el cadí.

—Haced lo que os plazca. Me tiene sin cuidado. Y sabed que tomo por testigos de la afrenta que me dirigís a los transeúntes que se han detenido en la puerta a escuchar vuestras necias reclamaciones. ¡Y nada más!

—La afrenta de que me habláis os la buscateis vos mismo. Os invito a comparecer ante el

cadí. ¡Veremos si en presencia de la ley os atrevéis a negar los hechos!

—Vamos ahora mismo —exclamó el falso amigo.

Y los dos contrincantes salieron a la calle y se encaminaron a la mansión de la justicia.

## VI

### *Ante el juez*

No tardaron Alí y su amigo infiel en verse ante el estrado de la ley.

Después de oír el cadí las declaraciones de ambos, preguntó al acusado si estaba dispuesto a prestar juramento.

Este dijo que sí, y juró que no sólo no se había apropiado de las monedas de oro que le reclamaba Alí Coxia, sino que ni siquiera había tocado el tarro origen del pleito.

Como el acusador no podía presentar testigos, una vez recibido el juramento, el cadí descargó al mercader infiel de la demanda.

Al retirarse, y después de protestar por la sentencia absolutoria, Alí Coxia declaró que elevaría una queja al califa, con la esperanza de que éste sabría impartir mejor justicia que el cadí.

Y así lo hizo. Redactó un memorial exponiendo el hecho con todos sus detalles, y al día siguiente, cuando el Comendador de los Creyentes se dirigía a la mezquita principal, Alí entregó el escrito al oficial de la comitiva encargado de recoger las reclamaciones del pueblo.

Siempre que regresaba de la oración, el mandatario leía los memoriales que habían sido reci-



*No tardaron en verse ante el estrado de la ley.*

bidos en el trayecto del templo al palacio, y ese día prestó especial atención al que firmaba Alf Coxia. Lo encontraba muy interesante.

## VII

### *El juego del cadí*

Cuando a la noche, como tenía por costumbre, salió el califa a recorrer la ciudad convenientemente disfrazado, en compañía del gran visir, al pasar delante de una modesta vivienda oyó una gritería producida por unos chicos que jugaban en el patio a la luz de la luna. Como le gustaba enterarse de cómo se divertía el pueblo, se detuvo y escuchó. Y oyó que uno de los chicos gritaba:

—Vamos a jugar a los caballos. Es lo que más me gusta a mí.

—No — exclamaban otros—. Mejor a las cuatro esquinas. Es muy lindo.

—¿Qué os parece si jugamos al cadí? —preguntó uno, que parecía el mayor de todos—. ¡Veréis qué divertido!

Los demás se manifestaron conformes y en seguida colocaron una barrica vieja en mitad del patio, y sobre ella se ubicó el chico que había propuesto el juego.

—Yo haré de cadí —dijo en seguida. Y agregó, señalando a otros—: Tú harás de mercader ladrón; tú, de Alf Coxia; tú y tú, de aceituneros expertos.

Ya iban a retirarse el califa y el gran visir, que por una rendija del portón habían observado el juego de los chicos, cuando al oír el nombre de



—Yo haré de cadí — dijo en seguida.

Alí Coxia, se acordó el mandatario del memorial que estuvo leyendo aquella misma mañana. Entonces decidió seguir prestando atención a los niños del patio.

—¿Cuál es tu demanda? —preguntó el fingido juez al que hacía de demandante.

—Señor —contestó el interrogado—, hace siete años que puse mil monedas de oro en el fondo de un tarro de aceitunas y entregué éste al vecino aquí presente para que me lo guardara en el depósito de su tienda. Cuando he regresado después de un largo viaje, he ido a buscar el recipiente y al vaciarlo me he encontrado con que las monedas habían desaparecido. Se las he reclamado a este mal amigo, y el muy infame me las niega y todavía se da por ofendido.

—¿Qué tienes tú que replicar a esto? —pregun-

tó el juez al inculpado, que había adoptado un gesto iracundo que movía a risa.

—Replico —contestó el que hacía de mercader ladrón—, que no he visto tales monedas y que estoy dispuesto a prestar juramento como corresponde en estos casos.

—Un poco más de calma —le dijo el fingido cadí—. A ver... Que traigan el tarro y que vengan dos aceituneros bien entendidos y capaces de opinar a conciencia en este difícil asunto.

Un chico que hacía de ujier tomó una vasija rota que había en un rincón del patio, la llenó con piedritas que representaban las aceitunas y se la entregó al supuesto juez. Inmediatamente se aproximaron otros dos niños manifestando que eran aceituneros.

El que representaba al cadí tomó la vasija, agarró una supuesta aceituna y fingió comerla con manifestaciones de agrado. Después se dirigió a los fingidos aceituneros, les mandó que revisaran el contenido del recipiente y le dijeran cuánto tiempo podían conservarse las aceitunas sanas y buenas como las presentes.

—No pueden conservarse más de dos años —dijo uno de los entendidos al juez que lo escuchaba con viva atención.

—Y estas aceitunas se encuentran en perfecto estado —exclamó el otro.

—Estáis en un error —les observó el que hacía de cadí—. Estas aceitunas tienen por lo menos siete años, pues Alí Coxia las puso en la vasija antes de marcharse a la Meca, según él mismo ha declarado repetidas veces.



*Terminado el juego, el califa reanudó su paseo.*

—Entonces, éstas no son las aceitunas que puso Alí. No hay aceituna que se conserve fresca tanto tiempo.

El niño que hacía de mercader ladrón quiso hablar, pero el que representaba al cadí no se lo permitió de ninguna manera.

—¡Cállate! —le dijo—. Eres un miserable ladrón. ¡A la horca con él! No mereces consideración ni piedad de ninguna especie.

Entonces los demás chicos se apoderaron del condenado y en medio de un gran alboroto hicieron como que lo llevaban al cadalso dando vivas al cadí y a Alí Coxia.

## VIII

### *El juicio*

Terminado el juego del cadí, el califa reanudó su paseo por la ciudad, ahora en dirección a su alcázar, pues se había hecho tarde.

—Por lo visto —le dijo al gran visir—, el asunto del mercader Alí Coxia ha sido muy comentado. Los chicos no hacen más que repetir lo que han oído a los grandes. ¡Y qué te pareció el fallo de ese tribunal! ¡Qué opinas del comportamiento de ese pequeño juez ante los litigantes?

—Que ningún cadí hubiera podido proceder mejor en una causa semejante. Estoy admirado de tanta cordura en un niño de tan poca edad y escasa experiencia.

—Yo también. Mañana, a la hora de la audiencia, me traes al chico que hacía de cadí. Quiero que



*Manifestó que el Comendador de los Creyentes quería...*

actúe como verdadero juez al lado mío y resuelva el caso del tarro de aceitunas. También harás venir al cadí, para que aprenda a administrar justicia; a Alf Coxia con el recipiente causante del pleito; al falso amigo de éste, y a dos aceituneros bien entendidos a quienes se les pueda tener la más absoluta confianza en sus opiniones.

El gran visir cumplió al día siguiente con las órdenes recibidas. Al presentarse a la casa del chico y manifestar que el Comendador de los Creyentes deseaba verlo, los padres se asustaron, pero él los tranquilizó, asegurándoles que no era por nada malo.

Después de lavarse bien y ponerse ropa limpia,

el chico se fué con el funcionario. El temor lo invadió al verse ante el califa, pero se serenó cuando éste le dijo con tono paternal y mientras le acariciaba la cara:

—Acércate sin miedo, hijo mío. Anoche te vi y te oí, y ya que hiciste tan bien el papel de juez, ahora vas a fallar de veras en el pleito del tarro de aceitunas. Ven y siéntate a mi lado y no olvides que espero mucho de ti.

Así lo hizo el niño, y cuando los dos mercaderes estuvieron ante el Comendador de los Creyentes, éste le dijo, ante la expectación de todos los presentes, que eran muchos:

—Exponed vuestras razones con toda amplitud. Este niño será el juez. Si faltare en algo, yo lo supliré. Conque podéis hablar sin cortapisas y con la seguridad de que se os hará justicia.

Habló Alí Coxia y repitió lo que ya había expuesto ante el cadí. Después el amigo infiel replicó en idéntica forma; esto es, que no había tocado el tarro y, por lo tanto, mal podía haber visto las aceitunas ni las monedas que el demandante decía haber puesto.

—Antes de tomarte juramento —le dijo el niño—, quiero ver el contenido del tarro y que lo examinen también los dos aceituneros que están aquí presentes.

Alí Coxia puso el recipiente a los pies del califa y lo destapó. Este tomó una aceituna y dió otra al chico, y después de haberla probado, le preguntó al pequeño cadí, recordando lo que éste había manifestado en el juego de la noche anterior:

—Está buena, ¿no es cierto?

—Excelente —contestó el niño.



*El chico se fué con el funcionario.*

En seguida pasaron el tarro a los aceituneros, y éstos, sólo con ver las aceitunas, afirmaron que eran de la última cosecha, agregando que no podría haber lugar a dudas.

—Estáis equivocados —les replicó el chico—, pues las aceitunas fueron puestas ahí por Alí Cobia hace siete años, antes de emprender el largo viaje que todos conocemos.

—Sostenemos lo que hemos declarado —dijeron los peritos—. Que las vean todos los que las venden, y si no dicen que estas aceitunas son nuevas, mandadnos cortar la cabeza. Estamos seguros que la seguiremos conservando sobre nuestros hombros.

## IX

### *La sentencia*

El mercader infiel quiso alegar algunas razones para desmentir a los peritos; pero esta vez el pequeño juez no lo interrumpió ni mandó que lo ahorcaran, como había hecho en el juego. Se concretó a mirar al califa, como diciéndole: “A vos os corresponde aplicar el castigo”. El mandatario, convencido de la mala fe del acusado, mandó que lo entregaran al verdugo. El mercader ladrón, antes de ser ejecutado, confesó su delito e indicó el sitio donde había escondido las mil monedas de oro. Estas fueron entregadas a su legítimo dueño, el cual hizo un buen regalo al niño que había sabido fallar mejor que el juez verdadero, anunciando a todo el mundo.

El califa, allí mismo, delante de todos los pre-



*Fué el mejor hombre de leyes de Bagdad.*

sentes, reprendió severamente al cadí, diciéndole que era una vergüenza que hubiera tenido que recurrir a un chico para administrar la justicia que a él le correspondía impartir juiciosamente. Después abrazó al niño que tan bien se había portado y lo invitó a ir a su palacio, donde le dió una bolsa con cien monedas de oro. Y como todavía le pareciera poco la recompensa, ordenó al gran visir que lo acompañara hasta la casa de sus padres e informara a éstos que la educación del chico iba a correr en lo sucesivo por su cuenta sin limitaciones de ninguna especie.

Y, gracias a la protección del Comendador de los Creyentes, el niño que con tanta sensatez supo

reemplazar al cadí fué al correr de los años el mejor hombre de leyes de Bagdad al cual acudían los vecinos más calificados.

En cuanto a Alí Coxia, vivió feliz el resto de sus días, disfrutando de sus bienes y conservando el mejor de los recuerdos para el califa y el pequeño juez.



SC  
u)  
e-LA





Cuentos infantiles  
**LA ABEJA**

78